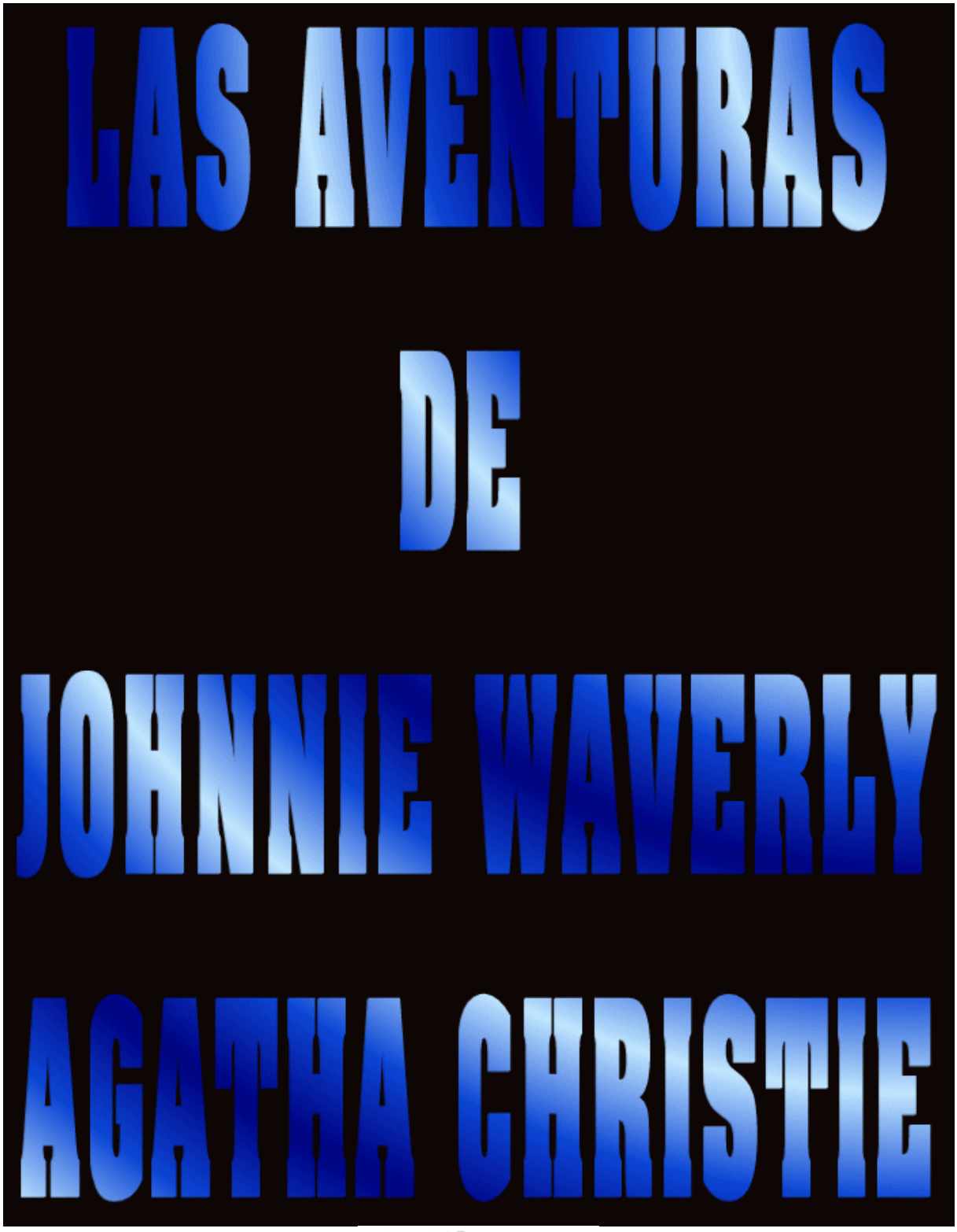
LAS AVENTURAS DE JOHNNIE WAVERLY
AGATHA CHRISTIE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

-Tiene que comprender los sentimientos de una madre -repitió la señora Waverly, quizá por sexta vez y mirando suplicante a Poirot. Nuestro pequeño amigo, siempre comprensivo ante una madre apurada, trató de tranquilizarla con un gesto.

-Pues claro, claro; la comprendo perfectamente. Confíe en Papá Poirot.

-La policía... -comenzó a decir el señor Waverly.

Su esposa despreció la interrupción.

-Yo no quiero saber nada más de la policía. ¡Confiamos en ellos, y mira lo que ha ocurrido! Pero he oído hablar tanto del señor Poirot y de las cosas tan maravillosas que ha realizado, que presiento que él tal vez pueda ayudarnos. Los sentimientos de una madre...

Poirot, con un gesto elocuente, apresuróse a evitar otra repetición. La emoción de la señora Waverly era auténtica, y contrastaba con su carácter duro y áspero. Cuando supo que era la hija de un importante fabricante de aceros de Birmingham que se había abierto camino hasta la actual posición, comprendió que había heredado muchas de las cualidades paternas.

El señor Waverly era un hombre grandote y jovial. De pie y con las piernas muy separadas tenía todo el aspecto de un campesino hacendado.

-Supongo que está enterado de todo, ¿verdad, señor Poirot?

La pregunta era casi superflua. Durante varios días los periódicos publicaron amplias informaciones acerca del sensacional rapto del pequeño Johnnie Waverly, de tres años de edad y heredero de Marcus Waverly, Waverly Court, Surrey, una de las familias más antiguas de Inglaterra.

-Desde luego, conozco los detalles más importantes, pero le ruego que vuelva a contarme toda la historia, monsieur, y sin olvidarse de nada, por favor.

-Bien. Creo que el principio de todo esto fue la carta anónima que recibí hace diez días... (¡qué desagradables son los anónimos!) y que no tenía ni pies ni cabeza. El que escribía me exigía la entrega de veinticinco mil libras..., ¡veinticinco mil libras, señor Poirot!.., y me amenazaba con raptar a Johnnie en caso contrario. Naturalmente, arrojé el anónimo al cesto de los papeles. Cinco días después recibí otra carta por el estilo: «Si no paga, su hijo será secuestrado el veintinueve.» Eso fue el veintisiete. Ada estaba muy alarmada, pero yo no quise tomar en serio el asunto. ¡Maldita sea!, estamos en Inglaterra. Nadie va por ahí raptando niños para conseguir un rescate.

-Desde luego, no es muy corriente -repuso Poirot-. Continúe, monsieur.

-Bien. Ada no me dejaba en paz... de modo que, aunque considerándolo una tontería, puse el caso en manos de Scotland Yard. No parecieron tomarlo muy en serio, inclinándose a pensar como yo, que debía tratarse de una broma. El día veintiocho recibí la tercera carta. "No ha pagado. Su hijo será raptado mañana a las doce del mediodía. Y su rescate le costará cincuenta mil libras." Volví a Scotland Yard. Esta vez parecieron algo más impresionados. Se inclinaban a pensar que aquellas cartas fueron escritas por un lunático, y que era probable que a la hora señalada hubiera algún intento de secuestro. Me aseguraron que tomarían todas las precauciones para evitarlo. El inspector McNeil con las fuerzas convenientes irían a Waverly a la mañana siguiente para cuidar de ello.

»Volví a casa mucho más tranquilo. No obstante, di orden de que no dejaran entrar a ningún extraño, y de que nadie saliera sin mi consentimiento. Transcurrió la tarde sin novedad, mas a la mañana siguiente mi esposa se encontraba seriamente enferma. Asustado, envié a buscar al doctor Darkens. Al parecer, los síntomas que apreció le sumieron en un mar de confusiones y pude comprender lo que pasaba por su mente. Me aseguro que la enferma no corría peligro, pero que tardaría uno o dos días en restablecerse. Al volver a mi habitación tuve la sorpresa de encontrar una nota prendida en mi almohada escrita con la misma letra que las otras y conteniendo sólo tres palabras: “A las doce”.

»Confieso, señor Poirot, que en aquellos momentos lo vi todo rojo. Alguien que vivía en mi propia casa tenía que ver en ello. Reuní a todos los criados y les puse de vuelta y media.

Nunca se acusan unos a otros; fue la señora Collins, dama de compañía de mi esposa, quien me informó de que había visto a la niñera de Johnnie salir de casa a primeras horas de la mañana. La atosigué a preguntas y confesó. Había dejado al niño con otra de las doncellas para ir a ver a... un hombre. ¡Así van las cosas! Negó haber prendido la nota en mi almohada... Es posible que dijera la verdad; no lo sé. Me di cuenta de que no podía correr el riesgo de que la propia niñera formara parte del complot. Uno de los criados estaba complicado en él. Al fin, perdido el dominio de mis nervios, los despedí a todos, incluyendo a la nurse. Les di una hora para recoger sus cosas y salir de la casa.

El rostro ya de por sí encarnado del señor Waverly se puso dos veces más rojo al recordar su pasado arrebato.

-¿No fue algo imprudente, monsieur? -sugirió Poirot-. Porque de ese modo pudo usted ayudar a sus enemigos con toda efectividad.

-No se me ocurrió -dijo el señor Waverly mirando con fijeza al detective-. Mi intención era que se fueran todos. Telegrafié a Londres para que me enviaran nuevo servicio aquella misma tarde. Entretanto, sólo había dos personas en la casa en quienes poder confiar: la secretaria de mi esposa, miss Collins, y Tredwell, el mayordomo, que ha estado conmigo desde que yo era niño.

-Y esa señorita Collins, ¿cuánto tiempo lleva con ustedes?

-Sólo un año -repuso la señora Waverly--. Es una secretaria incomparable y también ha resultado un ama de llaves muy eficiente.

-¿Y la niñera?

-La tenemos desde hace seis meses. Presentó inmejorables referencias. De todas formas, nunca me agradó a pesar de que Johnnie la adoraba.

-Sin embargo, me figuro que cuando ocurrió la catástrofe ya se había marchado. Señor Waverly, ¿quiere tener la bondad de continuar?

El señor Waverly apresuróse a obedecer.

-El inspector McNeil llegó a eso de las diez y media. Entonces los criados ya se habían marchado, y se declaró muy satisfecho con los arreglos hechos. Había dejado varios hombres apostados en el parque, guardando todas las entradas que pudieran llevar hasta la casa y me aseguró que si todo aquello era una burla cogería al misterioso corresponsal.

»Fui a buscar a Johnnie y con el inspector nos refugiamos en una habitación que llamamos la Cámara del Consejo. El inspector cerró la puerta con llave. Hay un gran reloj y las manecillas señalaban casi las doce. No puedo negar que estaba más nervioso que un gato. De pronto el reloj comenzó a sonar y yo estreché a Johnnie contra mi pecho. Tenía la sensación de que el secuestrador iba a caer del techo. Al dar la última campanada oyóse una gran conmoción fuera..., gritos y carreras. El inspector abrió la ventana y el sargento se acercó corriendo.

»-Ya lo tenemos, señor -jadeó-. Estaba oculto entre los arbustos.

»Salimos corriendo a la terraza, donde dos agentes sujetaban a un individuo mal vestido que se debatía en un vano afán de escapar. Uno de los policías estaba abriendo un paquete que acababa de quitar al prisionero. Contenía un poco de algodón hidrófilo y una botella de cloroformo. Aquello me hizo arder la sangre. Había además una nota dirigida a mí. La abrí: decía lo siguiente: "Debió haber pagado. Ahora el rescatar a su hijo le costará cincuenta mil libras. A pesar de todas sus precauciones, ha sido secuestrado a las doce del veintinueve, como yo le dije."

»Solté una risotada de alivio, pero al mismo tiempo oí el ruido de un motor de automóvil y un grito. Volví la cabeza. Por la avenida y en dirección a South Lodge corría un coche gris chato y largo a toda velocidad. El conductor fue quien gritó, pero no era eso lo que me hizo estremecer de horror, sino la vista de los rizos rubios de Johnnie, que estaba sentado a su lado.

»El inspector lanzó una maldición.

«-El niño estaba aquí hace sólo un minuto -exclamó repasándonos con la vista-. Todos nosotros estábamos allí, yo, Tredwell, la señorita Collins.

»-¿Cuándo le vio usted por última vez, señor Waverly? -me preguntó.

»Traté de recordar. Cuando el sargento nos llamó, salí corriendo con el inspector, olvidando a Johnnie. Y entonces oímos un sonido que nos sobresaltó, el de las campanas del reloj del pueblo. El inspector extrajo de su bolsillo el suyo con una exclamación. Eran exactamente las doce. Como impulsados por un resorte, corrimos a la Cámara del Consejo; el reloj marcaba la hora y diez minutos. Alguien lo había adelantado deliberadamente, porque nunca se adelanta o atrasa. Es un reloj perfecto.

El señor Waverly hizo una pausa. Poirot, sonriente, enderezó con el pie una alfombrita que aquel padre nervioso había ladeado.

-Un problema muy grave, oscuro y encantador -murmuró el detective-. Lo investigaré con sumo placer. La verdad es que fue planeado *á merveille.*

La señora Waverly miróle con reproche.

-Pero, ¿y mi hijo...? -gimoteó.

Poirot apresuróse a modificar la expresión de su rostro y darle de nuevo expresión de simpatía.

-Está a salvo, señora, y no ha sufrido el menor daño. Le aseguro que esos malandrines le cuidarán muy bien. ¿No ve que para ellos es el plato...*,* no, la gallina de los huevos de oro?

-Señor Poirot, le aseguro que sólo cabe hacer una cosa... pagar. Al principio opinaba lo contrario..., ¡pero ahora...! Los sentimientos de una madre...

-Pero hemos interrumpido la historia de monsieur -apresuróse a explicar el detective.

-Supongo que el resto debe conocerlo perfectamente ya gracias a los periódicos -repuso el señor Waverly-. Claro que el inspector McNeil avisó inmediatamente por teléfono dando la descripción del automóvil y del hombre, y al principio pareció que todo iba a terminar bien, ya que un coche de las mismas características, con un hombre y un niño, fue visto en varios pueblos, marchando, al parecer, con rumbo a Londres. Se detuvieron en cierto lugar y pudieron observar que el niño lloraba y estaba muy asustado y temeroso de su acompañante. Cuando el inspector McNeil me anunció que habían detenido aquel automóvil y a sus ocupantes, casi me pongo enfermo de la alegría. Ya sabe lo que ocurrió luego. El niño no era Johnnie y el hombre era un automovilista empedernido, muy aficionado a los niños, que había recogido a un pequeñuelo en las calles de Edenswell, un pueblo situado a quince millas de nosotros, y le estaba dando un paseo. Gracias a la estúpida seguridad de la policía, todos los demás rastros habían desaparecido. De no haber perseguido con tanta insistencia a aquel coche equivocadamente, hubiera podido encontrar al niño.

-Cálmese, monsieur. La policía es un Cuerpo de hombres inteligentes y arriesgados. Su error fue muy natural, ya que el ardid estaba muy bien tramado. Y en cuanto al hombre que capturaron en el parque, tengo entendido que su declaración ha consistido en una negativa constante. Insiste en que la nota y el paquete le fueron entregados para ser llevados a Waverly Court. El hombre que se lo dio, le pagó con un billete de diez chelines, prometiéndole otros diez si lo entregaba exactamente a las doce menos diez. Tenía que acercarse a la casa por el parque y llamar a la puerta lateral.

-No creo ni una sola palabra -declaró la señora Waverly con valor- Es una sarta de mentiras.

-En *verité* es una historia bastante floja -dijo Poirot, pensativo-. Pero por ahora no han conseguido sacarle nada más. Tengo entendido que también hizo cierta acusación.

Miró interrogadoramente al señor Waverly, que volvió a enrojecer.

-Ese individuo tiene la pretensión de que Tredwell es el hombre que le dio el paquete. «Sólo que ahora se ha afeitado el bigote.» ¡Tredwell, que ha nacido en mi hacienda...!

Poirot sonrió Ligeramente ante la indignación del hidalgo campesino.

-No obstante, usted mismo sospecha que alguien íntimamente ligado a su casa tiene que ser cómplice del rapto.

-Sí, pero no Tredwell.

-¿Y usted, señora? -preguntó Poirot volviéndose de improviso hacia la dama.

-No pudo ser Tredwell quien le diera el paquete..., si es que alguien lo hizo, cosa que no creo... Ese hombre dice que se lo dieron a las diez, y a las diez Tredwell se hallaba con mi esposo en el salón de fumar.

-¿Pudo distinguir el rostro del hombre que conducía el automóvil, monsieur?

-Estaba demasiado lejos para poder verle la cara.

-¿Sabe si Tredwell tiene algún hermano?

-Tuvo varios, pero han muerto todos. Al último lo mataron en la guerra.

-Todavía no estoy muy familiarizado con los parques de Waverly Court. Dice usted que el automóvil iba en dirección a South Lodge. ¿Hay alguna otra entrada?

-Sí; la que llamamos East Lodge.

-Es extraño que nadie viera entrar el coche en el parque.

-Existe un derecho de paso por un camino que da acceso a la capilla. Muchos vehículos pasan por ahí. Ese hombre debió detener el coche en un lugar conveniente y correr hasta la casa precisamente cuando se acababa de dar la alarma y toda la atención estaba concentrada en otra parte.

-A menos que ya estuviera dentro de la casa -susurró Poirot-. ¿Hay algún sitio donde pudo esconderse con seguridad?

-Bueno, cierto es que no registramos de antemano la casa. No lo consideré necesario. Supongo que pudo haberse escondido en cualquier parte, pero, ¿quién pudo dejarle entrar en la casa?

-Ya llegaremos a eso más tarde. Cada cosa a su tiempo... y seamos metódicos. ¿Existe algún escondite especial en la casa? Waverly Court es una mansión antigua, y algunas veces estos lugares tienen «Agujeros Secretos», como se les llama.

-¡Cielos, *existe* un Agujero Secreto! Se entra por uno de los paneles del vestíbulo.

-¿Cerca de la Cámara del Consejo?

-Precisamente al lado de la puerta.

-*Voilá!*

-Pero nadie lo conoce, excepto mi esposa y yo.

-¿Y Tredwell?

-Bueno..., es posible que haya oído hablar de él.

-¿La señorita Collins?

-Nunca lo he mencionado en su presencia.

-Bien, monsieur, ahora lo que debo hacer es ir a Waverly Court. ¿Le parece bien que vaya esta tarde?

-¡Oh! Tan pronto como le sea posible, por favor, monsieur Poirot -exclamó la señora Waverly-. Lea esto una vez más.

Y puso en sus manos la última misiva del enemigo, que había llegado a Waverly aquella mañana y que se apresuraron a remitir a Poirot. En ella se daba indicaciones explícitas para efectuar la entrega del dinero y finalizaba con la amenaza de que el niño pagaría con su vida cualquier traición. Era evidente: la señora Waverly luchaba entre el amor al dinero y sus instintos maternales y, naturalmente, estaban ganando estos últimos.

Poirot detuvo unos momentos a la señora Waverly a espaldas de su esposo.

-Madame, dígame la verdad, por favor. ¿Comparte la confianza que su esposo tiene en el mayordomo Tredwell?

-No tengo nada contra él, señor Poirot. No comprendo de qué modo puede estar mezclado en este asunto, pero..., bueno, nunca me ha gustado..., nunca.

-Otra cosa, madame, ¿puede darme la dirección de la niñera del pequeño?

-Netherall Road 14, Hammersmith. No supondrá usted...

-Yo nunca supongo. Sólo... empleo mis células grises. Y algunas veces..., sólo muy de vez en cuando..., se me ocurre alguna idea.

Poirot acercóse a mí una vez hubo cerrado la puerta.

-De modo que a madame nunca le ha gustado el mayordomo. Eso es interesante, ¿verdad, Hastings?

Decidí no preguntarle nada. Poirot me ha engañado tantas veces que ahora me ando con cuidado. Siempre me tiende alguna trampa.

Después de una *toilette* bastante complicada salimos en dirección a Netherall Road. Tuvimos la suerte de encontrar en casa a la señorita Jessie Whiters; una agradable joven de unos treinta y cinco años, muy eficiente. No pude imaginármela mezclada en aquel asunto. Estaba resentida por el modo en que había sido despedida, aunque admitiendo que había obrado mal. Estaba prometida a un pintor decorador que casualmente se hallaba en la vecindad de Waverly y corrió a verle en cuanto se le ofreció la ocasión, lo cual resultaba bastante natural. Yo no acababa de comprender a Poirot. Todas sus preguntas me parecieron poco acertadas. Se referían principalmente a la vida cotidiana en Waverly Court. Yo me sentía molesto y me alegré cuando al fin se decidió a marchar.

-*Mon ami,* secuestrar es un trabajo fácil -observó mientras paraba un taxi en Hammersmith Road para que nos llevara a Waterloo-. Ese niño pudo ser raptado con la mayor tranquilidad cualquier día transcurrido en los últimos tres años.

-No veo que eso nos ayude mucho -observé con frialdad.

-*Au contraire,* con eso adelantamos muchísimo... Hastings, ya que se empeña en usar alfiler de corbata, por lo menos póngaselo en el centro exacto. En estos momentos lo lleva una dieciseisava parte de una pulgada torcido hacia la derecha.

Waverly Court era una bonita mansión antigua recientemente restaurada con gusto y cuidado. El señor Waverly nos mostró la Cámara del Consejo, la terraza y todos los lugares relacionados con el caso. Al fin, a requerimiento de Poirot, presionó un resorte en la pared, cosa que hizo correr un panel, y por un estrecho pasillo entramos en el Agujero Secreto.

-Ya ve usted -dijo Waverly-. Aquí no hay nada.

La reducida habitación estaba completamente vacía, y el suelo aparecía escrupulosamente barrido. Me reuní con Poirot, que contemplaba atentamente unas huellas en un rincón.

-¿Qué le parece esto, amigo mío?

Veíanse cuatro marcas muy juntas.

-Las pisadas de un perro -exclamé.

-De un perro muy pequeño, Hastings.

-Un pomeranian.

-Más pequeño.

-¿Un grifón? -insinué.

-Más pequeño todavía que un grifón. Una especie desconocida en el Kennel Club.

Le miré. Su rostro resplandecía de entusiasmo y satisfacción.

-Tenía razón -murmuró-. Sabía que estaba en lo cierto. Vamos, Hastings.

Al regresar al vestíbulo el panel cerróse a nuestra espalda y una joven salió de una puerta del pasillo. El señor Waverly nos presentó.

-La señorita Collins.

La señorita Collins tendría unos treinta años de edad, y sus ademanes eran rápidos y despiertos. Tenía los cabellos rubios y usaba gafas sin montura.

A una indicación de Poirot entramos en una alegre habitación en donde la interrogó acerca de los criados y especialmente de Tredwell. Admitió que no le agradaba el mayordomo.

-¡Se da tanta importancia...! -explicó.

Luego pasaron a tratar de la comida que tomara la señora Waverly la noche del día veinticinco. La señorita Collins declaró que ella había comido lo mismo en su salita de arriba y que no se sintió mal.

Cuando ya marchaba le dije a Poirot:

-El perro.

-¡Ah!, sí el perro. -Sonrió abiertamente-. ¿Tiene algún perro, por casualidad, señorita?

-Hay dos perdigueros en las perreras.

-No; me refiero a un perro pequeño, de juguete.

-No, no hay ninguno.

Poirot la dejó marchar. Luego, presionando el timbre, me hizo observar:

-Esa mademoiselle Collins miente. Es probable que en su caso yo hiciera lo mismo. Ahora veamos al mayordomo.

Tredwell era un individuo muy digno. Contó su historia con perfecto aplomo, que era exactamente la misma que la del señor Waverly. Confesó conocer el Agujero Secreto.

Cuando se hubo retirado tropecé con la mirada inquisitiva de Poirot.

-¿Qué le parece todo esto, Hastings?

-¿Y a usted? -pregunté a mi vez.

-¡Qué precavido se ha vuelto! Nunca le funcionarán las células grises, a menos que las estimule. ¡Ah!, pero no le voy a meter prisa. Saquemos juntos nuestras deducciones. ¿Qué punto nos parece más difícil?

-Hay una cosa que me choca -dije-, ¿Por qué el hombre que raptó al niño tuvo que huir por South Lodge en vez de ir por East Lodge, donde nadie le hubiera visto? No lo veo muy claro.

-Es un buen punto, Hastings, excelente. Y hace juego con otro. ¿Por qué avisar a los Waverly de antemano? ¿Por qué no raptar al niño sencillamente y luego exigir el rescate?

-Porque esperaba obtener el dinero sin verse obligado a entrar en acción.

-¿Y no resultaba bastante difícil que entregasen el dinero por una simple amenaza?

-Y también quiso concentrar la atención en las doce del mediodía, de modo que cuando el hombre gancho fuese cogido, él pudiera salir de su escondite y largarse con el niño sin que nadie se diera cuenta.

-Lo cual no altera el hecho de que tratara de complicar algo que era bien sencillo. De no haber especificado el día ni la hora, nada hubiera sido más fácil que aguardar su oportunidad y llevarse el niño en un automóvil cualquier día de los que éste salía con su niñera.

-Sí..., sí -admití poco convencido.

-En resumen. ¡Se ha representado esta farsa deliberadamente! Ahora enfoquemos la cuestión desde otro ángulo. Todo tiende a señalar la existencia de un cómplice en la misma casa. Punto número uno: el misterioso envenenamiento en la señora Waverly. Punto número dos: la nota prendida en la almohada. Punto número tres: el adelantar el reloj diez minutos..., todo dentro de la casa. Hay un detalle adicional en el que tal vez no haya usted reparado. No había polvo en el Agujero Secreto. Había sido barrido con una escoba.

»Tenemos cuatro personas en la casa. (Podemos excluir a la niñera, puesto que no pudo haber barrido el Agujero Secreto, aunque sí realizar los otros tres puntos.) Cuatro personas: el señor y la señora Waverly, Tredwell, el mayordomo, y la señorita Collins. Empezaremos por esta última. No tenemos gran cosa en contra, excepto que sabemos muy poco de ella, que es una mujer muy inteligente y que lleva sólo un año en la casa.

-Usted dijo que mintió en lo del perro -le recordé.

-¡Ah, sí, el perro! -Poirot sonrió de un modo peculiar-. Ahora pasemos a Tredwell. Hay varios factores sospechosos contra él. En primer lugar, el detenido dice que fue Tredwell quien le entregó el paquete en el pueblo y lo dice seguro.

-Pero Tredwell puede probar su coartada para este punto.

-Incluso así, pudo haber envenenado a la señora Waverly y prendido la nota en la almohada, adelantar el reloj y barrer el Agujero Secreto. Por otra parte, nació y ha sido educado al servicio de los Waverly. Parece imposible que a última hora tuviera parte en el rapto del hijo de la casa. ¡Esto no es una película!

-Bien..., ¿entonces?

-Debemos proceder lógicamente, por absurdo que parezca. Primero considerar brevemente a la señora Waverly. Pero ella es rica, el dinero es suyo. Fue su dinero el que volvió a levantar la hacienda. No habría razón para que hiciese raptar a su hijo y cobrar su propio dinero. En cambio su esposo está en una posición muy distinta. Su mujer es rica. No es lo mismo que si lo fuera él... En resumen, tengo la ligera impresión de que la dama no es muy aficionada a repartir su dinero, a no ser por una causa justificada. Pero puede verse en el acto que el señor Waverly es un *bon viveur.*

-¡Imposible! -exclamé.

-No tanto. ¿Quién despidió a los criados? El señor Waverly. Él pudo escribir los anónimos, envenenar a su esposa, adelantar las manecillas del reloj y establecer una magnífica coartada para su fiel ayudante Tredwell. El mayordomo nunca tuvo simpatía por la señora Waverly. Es fiel a su amo y está deseoso de obedecer ciegamente todas sus órdenes. Fueron tres personas: Waverly, Tredwell y algún amigo de Waverly. Ése es el error que cometió la policía; no investigar más a fondo acerca del hombre que conducía el automóvil gris con un niño que no era el que buscaba. Ése era el tercer hombre. Recoge a un chiquillo al pasar por el pueblo, un niño de rizos rubios. Entra en Waverly por East Lodge y sale por South Lodge en el momento preciso, saludando con la mano y gritando. No pueden distinguir su rostro ni el número de la matrícula del coche ni por lo tanto tampoco ver al niño. Entonces deja un rastro falso hasta Londres. Entretanto, Tredwell ha realizado su parte preparando el paquete y haciendo que lo llevara un sujeto de aspecto sospechoso. Su amo puede presentar una buena coartada en el caso de que el hombre lo reconociera, a pesar del bigote postizo que utilizó. Y en cuanto al señor Waverly, tan pronto como oyó el alboroto que se arma en el exterior y el inspector sale corriendo, rápidamente esconde al niño en algún Agujero Secreto y sigue al policía al jardín. Más tarde, cuando el inspector se ha marchado, y la señorita Collins no puede verle, le es fácil sacar al niño y llevarlo en su automóvil a un lugar seguro.

-Pero, ¿y el perro? -pregunté-. ¿Y la mentira de la señorita Collins?

-Eso ha sido una pequeña broma mía. Le pregunté si había algún perro de juguete en la casa y dijo que no..., pero sin duda hay algunos... en el cuarto del niño. El señor Waverly puso algunos juguetes en el Agujero Secreto para hacer que Johnnie se entretuviera y no gritara.

-Señor Poirot -El señor Waverly penetró en la estancia-. ¿Ha descubierto algo? ¿Tiene alguna idea de dónde han llevado al niño?

Poirot le alargó un pedazo de papel.

-Aquí está la dirección.

-¡Pero si está en blanco!

-Porque espero que usted la escriba.

-¿Qué diab...? -El rostro de Waverly tornóse escarlata.

-Lo sé todo, monsieur. Le doy veinticuatro horas para devolver al niño. Su ingenuidad correrá parejas con la tarea de explicar su reaparición. De otro modo la señora Waverly será informada del exacto desarrollo de los acontecimientos.

El señor Waverly, dejándose caer sobre una silla, escondió el rostro entre las manos.

-Está con mi vieja nodriza, a unas diez millas de aquí. Se halla contento y bien cuidado.

-No tengo la menor duda. De no considerarle a usted un padre de corazón, no le ofrecería esta oportunidad.

-El escándalo.

-Exacto. Su nombre es antiguo y honorable. No vuelva a mancharlo. Buenas noches, señor Waverly. ¡Ah! A propósito, un consejo. ¡No se olvide nunca de barrer en los rincones!